

---

## Capítulo XXX.

Alonso de Ojeda.

Nada más interesante que el relato que hace un célebre historiador inglés de la situación en que se hallaban los ánimos de los españoles en los momentos en que se preparaba la segunda expedición del gran descubridor del Nuevo-Mundo.

«El entusiasmo por esta expedición rayaba en frénesi, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo, escondido á sus ojos entre las espumas del mar.

»Las descripciones de los viajeros que le habían visitado eran exageradísimas, porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sue-

ño, y se ha mostrado que el mismo Colón le vió al través de un ilusorio prisma.

»La vivacidad de sus descripciones y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacía concebir, excitaron en el público incomparable interés y abrieron el camino de amargos desengaños.

»Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluían sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas.

»Otros se forjaban más bellas y seductoras ficciones.

»Era la época de que hablamos romántica y activa, y habiéndose acabado la guerra de los moros y suspendiéndose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos géneos de la nación se hallaban impacientes.

»Se cansaban de la monotonía de la paz y ansiaban que cesase para entrar en ejercicio.

»A estos les presentaba el Nuevo-Mundo anchuroso campo de extraordinarias empresas y aventuras tan propias del carácter español.

»Muchos hidalgos, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces acostumbrados á la actividad poética y entretenida de la guerra y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habían brillado en la risueña vega granadina, entraron en la expedición, bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa.

»Para ellos era aquel el principio de una nueva serie de cruzadas, más grandes y brillantes que las que inmortalizaron á la caballería europea en la Tierra Santa.

»Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano, explorando sus maravillas y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades.

»De allí se abrirían á su parecer camino las costas de la India, ó más bien del Asia, penetrarían en Manguí y en Cathay, convertirían, ó lo que era lo mismo, vencerían al gran Kan, gozando así de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi bárbaros pueblos del Oriente.

»Nadie tenía una idea clara y exacta de los peligros que se arriesgaban, de la inmensidad que iban á surcar, de la empresa gigantesca que cargaban sobre sus hombros, de los hombres que iban á sujetar al dominio español.

»En efecto; si en esta fiebre de la imaginación se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fría realidad, habrían sido desechados con desprecio, porque nada aborrece tanto el público como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.»

Entre los que aspiraban á embarcarse con Colon había dos jóvenes sobre los cuales voy á llamar la atención de mis lectores, porque desempeñaron un gran papel en la historia de la conquista del Nuevo-Mundo.

Llamábase el primero Alonso de Ojeda y el segundo Américo Vespuccio.

Era Ojeda natural de Cuenca, hijo tercero de una de las más nobles familias de Castilla la Nueva.

Recibió desde sus primeros años muy buena educación y aún no había cumplido doce cuando entró al servicio de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, en calidad de paje.

En aquella época de continuas guerras con los moros y de discusiones entre los nobles y la corona, nada más fácil para el joven valiente que aprender á lidiar y encontrar ocasiones de distinguirse.

El duque de Medinaceli, poseedor de vastos dominios, era uno de los capitanes que mayor número de fuerzas mandaba, y á su lado había tenido ocasión desde muy niño Alonso Ojeda de luchar y vencer.

En efecto; dotado de una energía, de un valor, de una audacia sin límites, era el primero que desafiaba el peligro, y durante la memorable conquista de Granada hizo tales proezas, que á pesar de sus pocos años gozaba ya de gran reputación.

Tenía aquel joven en los momentos en que había conseguido de los reyes licencia para acompañar á Colon, veintiun años.

De estatura pequeña, poseía una fuerza y una actividad maravillosas.

Su levantado espíritu, su mirada altiva, su expresión varonil, imponía á pesar de lo bajo de su talla.

Ninguno como él doblegaba á su voluntad los potros de más sangre.

Nadie le aventajaba en el manejo de las armas, y su agilidad y su fuerza no tenia competidores.

Si á esto se añade su arrojante figura, la púreza de sus facciones, la franqueza de su carácter, se comprenderá el gran partido que tenia no sólo entre los hombres, sino entre las más ilustres damas de la córte.

En las justas y torneos salia siempre triunfante, y al mismo tiempo no habia trovador que compitiera con él pulsando la cítara y entonando las bellas cantigas de aquellos tiempos.

Una muestra de su arrojo habia aumentado su celebridad.

Hallándose la reina doña Isabel con muchas de sus damas y cortesanos en la torre de la catedral de Sevilla, llamada la Giralda, para demostrar Ojeda á su majestad la reina su agilidad y su valor se encaramó á una gran viga que sobresalia más de veinte piés de la torre, á tan inmensa altura del suelo que los que por allí andaban parecian desde abajo figuras microscópicas.

Solo mirar abajo desde cualquiera de las ventanas de la torre á la altura en que estaba la viga, bastaba para aterrorizar á los más valientes.

Ojeda, ántes que pudieran contenerle, comenzó á andar por la viga con la mayor desenvoltura lo mismo que si fuese un pavimento llano.

Al llegar al extremo se puso sobre un pié, y girando sobre el otro volvió la vista hácia la torre sin que aquella especie de suspension en medio del aire le produjese ningun vahido.

Permaneciendo sobre un pié fijó el otro en la pared de la torre y arrojó una naranja por encima de ella.

No solo la reina y su comitiva, sino los que desde abajo presenciaban aquellos atrevidos y peligrosos ejercicios, estaban, como suele decirse, con el alma en un hilo.

A cada instante temian que le faltara el equilibrio y cayera.

La angustia con que todos le veian era mortal, pero no se atrevian á decirle una palabra temerosos de que por prestar atencion á lo que le dijeran perdiese el equilibrio y cayera.

No sucedió así y recibió los plácemes de la reina y de todos los que le acompañaban, miéntras su soberano le encargó que guardase todo el ánimo que se revelaba en su audacia para luchar y vencer á los enemigos de su patria.

Ojeda amaba el peligro y le buscaba con tanta insistencia, que como dice muy bien uno de sus biógrafos parecia que peleaba más por el placer de la lucha que por el honor que de ella podia resultarle.

Este desprecio de la vida no era en él natural, sino efecto de un triste desengaño que habia sufrido.

Siendo muy jóven, pues aún no habia cumplido diez y ocho años, hallábase en Sevilla con el duque de Medinaceli su señor, y por consentimiento de éste partió á las órdenes del marqués de Cádiz á tomar parte en una de las batallas que aquel intrépido guerrero se proponia dar á los moros.

Arrojado en extremo, fué tan grande su empuje en la pelea que llegó á separarse de los suyos.

Viéndose acorralado por los moros y queriendo morir ántes que ser prisionero, mató á muchos de los que le rodeaban é hirió á algunos, y al fin cayó sin sentido, porque traidoramente le arrojó uno de ellos una piedra á la cabeza.

Habia producido tal entusiasmo entre sus adversarios el valor que habia desplegado en la lucha, que el jefe de los moros quiso que le respetaran cuando vió que se acercaban á él con el alfange en la diestra en actitud amenazadora, diciéndoles:

—A un valiente no debe atacársele estando sin sentido.

Reclamó para sí aquel preso y le llevó á su casa, en donde le prestó los mayores cuidados para que volviera en sí.

El cadí ó jefe que tenia en su poder á Alonso de Ojeda, era un hombre de cincuenta á sesenta años, de aspecto formidable y de gran nombradía entre los suyos por las proezas que constituian su historia.

Vivia cerca de Ronda, con su hija Zora, niña de quince abriles, que era todo el encanto de su padre.

Cuando Alonso volvió en sí halló á su lado á la hermosa oriental, que con sus negros y radiantes ojos fijos en él, aguardaba el momento en que recobrase la vida que parecia haber perdido.

El corazón de Ojeda se despertó al amor en aquel momento.

Zora bebió tambien el embriagador néctar del amor en la primera mirada del caballero cristiano.

La herida habia sido muy leve, y no tardó Alonso en restablecerse.

El padre de Zora le tomó gran afecto y procuró influir en su ánimo para que, abandonando su religion, profesara el islamismo.

Era tanto el amor que le inspiraba la jóven morisca, que vaciló un momento al oír aquella proposicion.

En otras circunstancias hubiera contestado á aquellas indicaciones con el desprecio y el castigo.

Pero habia ya hablado con Zora, habia escuchado de sus lábios la declaracion de que participaba de sus mismos sentimientos, y en aquella edad el amor debia ser toda su vida.

Zora le habia jurado muchas veces que seria suya.

Alonso, verdaderamente enamorado de ella, le habia pedido por su amor que huyera con él, ofreciéndola ser su esposo en cuanto estuvieran en el dominio de los cristianos.

Zora no queria aceptar un sacrificio tan grande porque amaba á su padre, y sabia que su fuga seria causa de su muerte.

Pero el amor de Alonso la subyugaba, y al fin y al cabo, accediendo á sus ruegos, resolvió seguirle.

Combinaron los dos el plan para escaparse, y el astuto padre de Zora, viejo ya, gran conocedor del corazón humano, no tardó en comprender el lazo que unia sus almas, y como aquello destruia sus planes,